

RUBEN BAREIRO

En cada palabra está Paraguay

Por Marco Antonio Campos

Uno de los escritores más interesantes que participaron en el Encuentro Latinoamericano de Narradores que se verificó en Morelia en febrero pasado fue el paraguayo Rubén Bareiro. A los 55 años de su vida (nació en Villeta del Guarnipitán en 1930) ha escrito relativamente poco: tres libros de poemas, Biografía de ausente, A la víbora de la mar y Estancias, errancias, querencias y dos de cuentos: Ojo por diente, con el que ganó el premio Casa de las Américas en 1971, y El séptimo pétalo del viento. Su poesía y su prosa están llenas de imágenes sensoriales y las cubre el color de la tierra de su país natal y los fulgores del sol.

M.A.C. No hallo una gran diferencia entre su poesía y su narrativa...

R.B. La dicotomía entre narrativa y poesía es falsa. Hablo por experiencia personal. Yo comencé escribiendo poesía (sigo haciéndolo), tal vez por la censura en mi país. Era el lenguaje que necesitábamos para expresar una serie de ideas que no podíamos hacer directamente. Por ese motivo mi generación en Paraguay quedó sellada por la poesía.

M.A.C. Usted sale de Paraguay por los sesenta, ¿no?

R.B. Me voy "voluntariamente" como becario a Francia en 1962. Era necesario. Me sentía cada vez más ahogado de no poder decir las cosas. Empiezo allí eso que llamo *extrañamiento* (no es aún el exilio), que me da una perspectiva distinta. Hay vueltas esporádicas al país. Necesitaba (¿cómo decirlo?) ampliar el registro directo de la expresión. No sólo pasar por la metáfora (a la que no he renunciado), sino también cargar de sentido la palabra. ¿Cómo expresar, si no, esa



Rubén Bareiro

indignación y ese asco que sube al borde de los labios? Y nacen entonces los cuentos de *Ojo por diente*.

M.A.C. ¿Cómo pasó de la poesía a la narrativa?

R.B. Fue un paso natural. Necesitaba decir las cosas de un modo más directo para expresar la realidad de mi país desgarrado por esa lepra que se llama dictadura. Puedo decir, sin embargo, que si algo no pasa en mí por la poesía no tiene sentido. El lenguaje es esencialmente lo que los griegos llaman *poiesis*, es decir, elaboración del lenguaje.

M.A.C. En *Ojo por diente* (1971) hay el retrato de situaciones críticas de su país pero también una búsqueda del mundo de la infancia.

R.B. Es cierto. La crisis de *extrañamiento* me devolvió una serie de nostalgias y la necesidad de la recuperación de mis raíces. El primer libro de poemas que

publico, lo hago en Francia en 1964 y se llama *Biografía de ausente* (el título es significativo), y viene luego *Ojo por diente*. Este último libro es el equivalente de esa recuperación de mis raíces más profundas: de los fantasmas de mi infancia y de los monstruos de mis sueños. Quise que estuvieran en él simultáneamente los sueños y las pesadillas. Es la manera natural de invertir la vida en la literatura. Este libro, con el que gané en el 71 el premio Casa de las Américas, me costó tres meses terribles de cárcel en el Paraguay en el 72 en una celda de dos por dos. Cuando me expulsaron pasé del extrañamiento al exilio.

M.A.C. Hablábamos de su infancia, ¿Cómo fue?

R.B. Fue un largo sueño maravilloso a orillas del río Paraguay, en un pueblecito llamado Villeta del Guarnipitán. Estoy lleno de recuerdos de caballos, de perros, de vacas, de olores, de mucho calor, de siestas intensas. Recuerdo que todas las mañanas llevaba a bañar el caballo de mi padre a las orillas del río. Era un sitio pelado de 400 metros. El caballo de pronto bajaba la cabeza y se lanzaba a una carrera loca. Lo metía luego a bañar al río y yo nadaba sobre él. Todo fue de una gran intensidad vital.

M.A.C. ¿Esas experiencias y recuerdos de la tierra han servido para que su escritura busque más el lenguaje de los sentidos?

R.B. Un crítico francés se asombraba de la cantidad de expresiones sensoriales que hay en *Ojo por diente*. Decía: aquí hay sonidos, olores, colores. En mi poesía las hay también profundamente.

M.A.C. ¿Que la naturaleza hable primero y después el arte?

R.B. Exactamente.

M.A.C. ¿Y la crítica política a la situación de su país?

R.B. Me considero, contra lo que sea, un ciudadano de ese olvidado país que se llama Paraguay. Y tengo para con él un doble compromiso (utilizo esta palabra con pinzas): como ciudadano y como escritor. Como ciudadano, antes que nada, estoy comprometido profundamente y para siempre con la historia de mi pueblo, y eso, como segundo paso, deriva inevitablemente en mi compromiso como escritor. Sin embargo cuido de que en mi escritura haya una elaboración artística. Una cosa es el panfleto y otra el arte. En ninguno de mis libros (los críticos se han dado cuenta) aparece la palabra Paraguay. Pero en cada página, en cada línea, en cada palabra, está la carne de esta tierra roja que parece sangrar. Y a mí me ha tocado ser testigo de la degradación de una sociedad a causa de una dictadura corrompida y cruel.

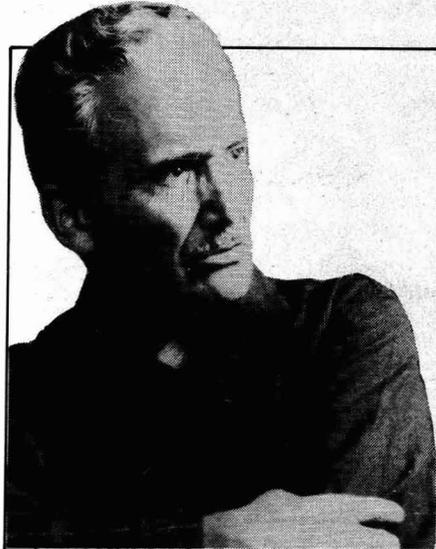
M.A.C. Usted ha hablado que en su narrativa las influencias cardinales se llaman Augusto Roa Bastos y Juan Rulfo.

R.B. En una introducción a una antología de textos de Roa Bastos hablo de los escritores de las tripas comunicantes. Son cuatro: Roa, Arguedas, Onetti y Rulfo. Para mí los más próximos son Roa Bastos y Rulfo. En ellos advierto una serie de elementos capitales: el uso de la lengua está muy marcado por el escenario de su infancia; la importancia de los silencios y los huecos; una lengua que es más profunda que esa lengua literaria que nos impone la Real Academia; la incorporación en forma subrepticia de otro mundo: el del mestizo cultural.

M.A.C. Sus textos narrativos están también poblados de reticencias y silencios. ¿Qué persiguió?

R.B. Hay dos niveles. Uno, el nivel poético, que para mí es el capital, o sea, decir más allá de las palabras; el otro, es el pasar a través de esos silencios la situación de la sociedad concreta a la que quería referirme, o en otra forma, la

Me considero, contra lo que sea, un ciudadano de ese olvidado Paraguay



José María Arguedas

posibilidad de que estas historias pudieran tener vigencia en el ámbito del que se nutren.

M.A.C. *Ojo por diente*, decíamos, le cuesta el exilio. Anímica y mentalmente, ¿que significó para usted eso?

R.B. El extrañamiento es la ausencia voluntaria y el exilio una ausencia forzada. La primera confirmación que tuve de ello fue por un elemento muy exterior: mi pasaporte. Cuando me niegan su renovación al expulsarme de mi país fue un angustioso desgarramiento que me costó superar. Ese pedazo de papel, aparentemente sin importancia, era como el título de propiedad a esa comunidad. Cuando no lo tengo siento que puedo perder mis raíces para siempre. Durante meses —casi un año— no escribo nada. Hasta que haciendo un esfuerzo de racionalización me doy cuenta: la dictadura lo que quiere es eso: nuestro silencio. Si me callo les hago el juego. Y



Juan Carlos Onetti



Agusto Roa Bastos

hace trece años que no puedo regresar a mi tierra.

M.A.C. ¿Pero ya hay otra perspectiva del exilio en *El séptimo pétalo del viento*?

R.B. Sí. Es otra manera de asumirlo en escenarios diferentes. El libro es un acto de coraje de mis amigos editores, se publicó en Paraguay. Para mí es un hecho representativo, no sólo como un hecho literario sino también político: que un maldito pueda ser difundido en el país es un desafío, y más, una conquista.

M.A.C. ¿Y en qué considera que difiere de *Ojo por diente*?

R.B. Hablé de escenarios distintos. Por ejemplo hay uno que se llama "Noche de Veracruz", que es también el regreso a una adolescencia en la que significó tanto Agustín Lara. El cuento que da título al libro ocurre en Estambul. Otros, es cierto, son afirmación,

recuperación o búsqueda mística de mi pueblo, es decir, sus raíces que son también las mías.

M.A.C. Pero es menor su contenido político.

R.B. El exilio ha atenuado la rabia y el amor (son aquí lo mismo) con que escribí *Ojo por diente*.

M.A.C. ¿Y cuál le gusta más como autor?

R.B. En ese aspecto soy muy paternal. Lo siento como dos hijos que están en el mundo y que puedo quererlos o detestarlos. Yo estoy muy atado a *Ojo por diente* porque es la primera confirmación que tuve para asumir el exilio y la podredumbre de mi sociedad. Y las consecuencias fueron tan desgarradoras y terribles que no puedo hacerlas a un lado o distanciarme de ellas. Más concretamente, la prisión y el paso del extrañamiento al exilio. ¿Cómo arrancármelos?

M.A.C. En 1964 publicó *Biografía de ausente* y esperó diez años para publicar otro libro de poesía.

R.B. Es *A la víbora de la mar* que se publicó en Asunción en 1974. Ya estaba exiliado. Es un libro muy particular, según los críticos, porque asumen en él mi condición de mestizo cultural. Son pequeños poemas, en los cuales trabajé mucho el esquema guaraní. (Por esos años comenzaba a enseñar el guaraní en la Universidad de París). Los poemas están escritos en español pero su estructura es profundamente guaraní. Y el mecanismo de la lengua también es guaraní. Aun un gran especialista en esa lengua y en esa literatura, el padre jesuita Melián (a quien expulsaron del Paraguay), me decía: "Estos son *kotiúy*", que es un género de la poesía guaraní. Y yo no me había dado cuenta. Creo que la distancia me permitió hacer esa especie de transposición, que Roa Bastos hace maravillosamente en la prosa. Mi pueblo es bilingüe, por no decir

monolingüe, porque el 95% de la población habla, o entiende al menos, el guaraní. Y de esos, el 50% es monolingüe en guaraní. Eso quiere decir que nuestra verdadera lengua es ésta. Eso causa una especie de extrañamiento dentro de nuestra propia cultura, porque no se alfabetiza, o muy poco, en nuestra lengua. Hay un sistema de dominación, o de trayectoria colonial, que ha mantenido al guaraní en el estrato de la oralidad. Eso está bien pero también lo reduce a un estatuto de inferioridad.

M.A.C. Y su último libro *Estancias, errancias, querencias*, confluye también con su último libro de narrativa, ¿no es cierto?

R.B. Los dos son de 1985 y los dos sólo pudieron haber sido escritos en el exilio. En *Estancias, querencias, errancias* están muy mezclados mis temas recurrentes: la infancia, las raíces de mi tierra, el amor, la política... Hay una sección en él que se llama *Prisión*, que es la primera crónica que pude hacer de la experiencia terrible que pasé en 1972. Este libro salió un poco al azar. Un amigo editor me dijo: quiero publicar un libro tuyo. Yo tenía una gran cantidad de fragmentos, y no sabía cómo armarlos. Y sucedió que yo estaba como a diez o doce kilómetros de Florencia, en plena campiña toscana. Y en esos amaneceres espléndidos en que la oscuridad se va volviendo en el cielo una leche clara y después el cielo se vuelve amarillo y después, cuando el sol apunta, se vuelve naranja, concebí la estructura del libro. Incluso uno de los primeros poemas se llama "Toscana", y por supuesto está la inevitable evocación de Dante: a la mitad del camino de la vida.

M.A.C. ¿Por qué ha publicado relativamente poco?

R.B. Por un lado, escribo muy lento, y por el otro, creo que no hay derecho a infligirle al lector tanta palabrería. Además estoy en otras cosas. Se me acusa de ser disperso, y tienen razón. Tengo una actividad política y soy investigador. Me lleva eso mucho tiempo pero lo asumo a plenitud y con esperanza. Esto también me nutre en mi escritura. Un escritor no puede —no debe— estar al margen de su sociedad. ♦

